

L A

HELENE
FLOOD

C O M U

N I

D A D

Por la autora de *La psicóloga*

En Kastanjesvingen, un vecindario silencioso a un paso del tumulto de la ciudad habitado por doctores, artistas y gente del mundo de la televisión, nunca pasa nada, es el tipo de lugar que todos querrían para sus hijos. Allí vive Rikke, en uno de los cuatro espaciosos pisos del complejo, con su familia: su marido Asmund y sus hijos Emma y Lukas. Sus vidas son tranquilas, armoniosas, perfectas.

Pero todo cambia cuando aparece el cuerpo de uno de los vecinos, Jørgen, apuñalado en su casa. A medida que la policía investiga y la prensa acecha a los vecinos, resulta evidente que todos tenían un motivo para asesinar a Jørgen, hasta la propia Rikke, que pronto se da cuenta de lo poco que sabe realmente sobre la gente que vive a su lado. Quizás no se llevaban tan bien y quizás todos esconden algo, porque... ¿Cuánto saben realmente los unos de los otros?

Índice de contenido

Primera parte. Prometo no estorbarte

El primer sábado

Primer domingo

Lunes

Martes

Noche del martes

Segunda parte. Disonancia cognitiva

Miércoles

Noche del miércoles

Primer jueves

Viernes

Víspera del segundo sábado

Tercera parte. «Hello, darkness»

Segundo sábado

Segundo domingo

Segundo jueves

Cuarta parte. Solo un pobre diablo

Último día

La última noche

Sobre la autora

Hay quienes deambulan en la oscuridad,
hay quienes toman el camino de la luz.
Y solo vemos a aquellos en la claridad.
Quienes se hallan en lo oscuro permanecen invisibles.

BERTOLT BRECHT,
La ópera de dos centavos^[1]

Primera parte
Prometo no estorbarte

Me preguntas que cuándo conocí a Jørgen. ¿Te puedes creer que no me acuerdo? Debió de ser en el jardín o en la escalera o en el portal de casa, pero no lo recuerdo. Mi hijo había nacido justo después de la mudanza y había sido prematuro. Eran tantas las consultas en el hospital, tantas las cosas que nos preocupaban... No lo digo por eludir el tema. Es la pura verdad. Sencillamente no me acuerdo.

Pero sí que me viene a la memoria la primera vez que lo vi. Tuvo que ser a principios de julio del año en que nos mudamos. Lo puedo situar con precisión porque fue pocos días después de adquirir el apartamento, una calurosa tarde de verano, cuando Åsmund y yo aún vivíamos en el viejo y ya no pude aguantarme más: tenía que ir a ver la casa donde estaba a punto de empezar nuestra nueva vida.

Ellos estaban sentados en la terraza del jardín cuando llegué. Ya sabes que el camino de la entrada pasa justo al lado. Los miré al cruzar, preparada para saludarlos, pero estaban comiendo en la mesa y ni siquiera me vieron. Eran cinco, y por lo visto buenos amigos. Yo estaba sola. Me encontraba en las últimas semanas del embarazo, con una tripa enorme, y había caminado a paso rápido, así que estaba sudando muchísimo. Además, no los conocía. Me cerré en mi nuevo hogar.

El apartamento estaba vacío. Los anteriores dueños se habían llevado sus cosas, pero habían quedado sus olores. No olía a nosotros, ¿sabes a lo que me refiero? Cuando

nos hicimos con el apartamento era como si hubiésemos comprado también un cierto estilo de vida, un espacio social, algo así. Como si, por alguna razón, fuéramos más distinguidos que antes solo porque éramos los propietarios de esa casa, en esa dirección. Pero ahora que el apartamento se ha vaciado de su elegante mobiliario, ahora que mis pasos resuenan entre las paredes, desnudas y con agujeros de clavos, me asaltan las dudas. No encuentro otra manera de explicarlo: tengo la impresión de haberme disfrazado con unos zapatos demasiado grandes para mí.

En la cocina, me acerqué a la ventana y observé la terraza y a quienes estaban sentados allí. No abrí la ventana aunque hacía calor. No sé. Tal vez no quería importunarlos. Por lo visto habían terminado de cenar. Había algunas botellas de vino en la mesa. Charlaban y yo oía sus voces pese a que las ventanas estaban cerradas; no lo que decían exactamente, pero sí el tono. Fuera el tema que fuese, el debate parecía intenso, si bien el ambiente era bueno. De tanto en tanto rompían a reír, los cinco a coro. Eran tres hombres y dos mujeres. Reconocí a uno de los hombres: era un cineasta que había realizado un polémico documental un par de años atrás. No recuerdo sobre qué..., los refugiados, su integración o algo así. La prensa había escrito mucho sobre ello. También una de las mujeres me sonaba; tenía la impresión de haberla visto en la televisión. Sentados a uno de los lados largos de la mesa había un hombre y una mujer que claramente eran pareja. Él tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de la mujer, y, en una de esas, cuando algo los hizo reír a todos, ella se volvió hacia él sonriéndole y le retiró algo de la mejilla. Luego él movió el brazo y se lo puso en la parte baja de la espalda. La mujer se acercó hacia la mesa para decir algo. Llevaba el pelo largo, de un rojo intenso, recogido en una trenza espesa y bien atada, y al inclinarse hacia delante para hablar la trenza se le deslizó a un lado. Su marido, sentado junto a ella, la tomó con cuidado para recolocarla

en su lugar. La mujer se volvió hacia él, consciente de que la tocaba, y siguió hablando sin dejar de sonreírle. Tal vez estaba contando algo que habían vivido juntos.

El hombre me daba la espalda, de modo que no me resultaba fácil verle el rostro, pero cuando miró hacia un lado pude apreciarlo. Era guapo, con el cabello ondulado tirando a gris. Pómulos prominentes y una sonrisa amplia y seductora que parecía usar a menudo. Le eché cuarenta y pico, quién sabe si ya rozaba los cincuenta.

Era Jørgen. Aquella fue la primera vez que lo vi. Como no parecían advertir mi presencia, me quedé allí y seguí mirándolos: cinco amigos que hablaban de cosas importantes en torno a una mesa durante una noche de verano en un jardín de Kastanjesvingen.

La mujer de la trenza se levantó. Cogió una bandeja vacía de la mesa y se dirigió hacia el camino que lleva al portal de la casa. A mitad de trayecto me vio. Era evidente que yo estaba ahí, de pie, en medio de la ventana. No es que estuviera fingiendo que no los observaba. Me había quedado como fascinada, y no se me ocurrió que tendría que haberme apartado de allí. La mujer se detuvo para mirarme. Alcé la mano en un gesto de saludo.

La mujer no se movió. No me devolvió el saludo. No me sonrió, pero tampoco parecía molesta. Su expresión era casi neutra. Se quedó un instante ahí mirándome, solo un momento, luego siguió su camino. Desde donde estaba la oí abrir la puerta del portal. Me alejé apresuradamente de la ventana, avergonzada por haberlos estado observando con tanto descaro. Lo noté en el estómago: me había comportado de manera inapropiada. Me sentí abochornada.

El primer sábado

Los árboles que me rodean son de hoja caduca, con copas enormes y ramas robustas, muy distintos a los abetos del bosque cercano a la casa donde crecí. Y, sin embargo, sé, a la manera en que saben los que sueñan, que me encuentro en el bosque de mi niñez. Lo conozco bien: sé lo fácil que es desaparecer en su interior. Recorres senderos que conoces. De repente te sales del camino siguiendo el ruido de un ciervo o porque atisbas unos arándanos exuberantes un poco más allá, y, al volver, todo ha cambiado. Mires donde mires, hay árboles oscuros y silenciosos, hileras y más hileras, y ninguno se parece a los que ya conoces.

En el sueño estoy buscando a alguien que ha desaparecido. Al principio no sé de quién se trata. Luego caigo en la cuenta de que son mis hijos. ¡Lukas!, grito, y echo a correr. ¡Emma! Ante mí, el bosque se abre a un calvero. No es grande, como mucho cinco metros hasta que el bosque espeso empieza de nuevo, pero aquí el sol se cue-la entre las copas; es un sitio luminoso y cálido, en las laderas crece hierba joven. Me detengo. El lugar es hermoso, pero algo no encaja. Siento un nudo en la garganta y me cuesta respirar. Algo espantoso ha sucedido.

En el salón hace frío por las mañanas. Cierro a mis espaldas la puerta del dormitorio con sigilo: no quiero despertar a los demás. En la luz sin relieves de la mañana, el salón me resulta desconocido. Tal vez mi cuerpo aún esté sumido en la pesadilla, porque los muebles parecen enormes y severos. Los estantes parecen cerrados y la mesita

del café, desacostumbradamente pulcra. Mis pies absorben el frío del suelo. Junto a la entrada encuentro mis zapatillas. Me las calzo y voy a la cocina.

También aquí me sorprende la pulcritud. Anoche Åsmund y yo compartimos una botella de vino mientras veíamos una película bastante mala, aunque quién sabe si luego mejoró algo. Me entró sueño y me fui a la cama a media película. Åsmund debió de limpiar cuando acabó. La luz roja del lavavajillas me dice que el programa ha terminado, de modo que, por una vez, se acordaría de ponerlo en marcha antes de acostarse.

Me apoyo en la encimera de la cocina. Este espacio es el principal argumento en la venta de nuestro apartamento. Fue aquí donde se tomó la fotografía que ocupaba por entero la primera página del folleto que nos mostraron en nuestra primera visita. La cocina es grande y luminosa, y mientras que el resto de las ventanas dan o bien a un muro lleno de vegetación que se levanta detrás de la casa, o bien al edificio de al lado, las de la cocina se asoman al jardín. Para aprovechar más la luz, el arquitecto que diseñó el edificio allá por los años cincuenta hizo de esta pared una larga sucesión de ventanas. Hemos colocado la mesa de la cocina justo delante, de modo que, cuando nos sentamos ahí, podemos ver el pequeño jardín entero: la terraza con sus muebles de exterior, el añoso manzano, la hilera de buzones y la valla de listones blancos. Más allá se extiende Kastanjervingen, la calle sin salida que termina en una rotonda a unos cuarenta metros de nuestra puerta. Al otro lado de la calle hay casas unifamiliares; algunas de ellas datan de la década de los cincuenta, como nuestro edificio de cuatro apartamentos, pero otras son más recientes. Y más allá de esas casas se alza Bakkehauget, la colina que nos separa del centro de la ciudad. Y, aunque no pueda verla desde las ventanas de la cocina, saber que la ciudad está justo ahí detrás me produce una cálida sensación de hogar. Pensar que vivimos así, en una

apacible calle cerrada, pero con la ciudad tan a mano que casi se puede tocar.

Me siento. Estoy en silencio, a la escucha. ¿Hay alguien despierto ahí arriba? ¿Se mueve? ¿Los ruidos que oigo provienen de él? Es demasiado pronto, eso sí que lo sé. Puede que sea yo la única que no duerme en toda la casa. Con todo, el silencio no es total. Las paredes no están bien aisladas; se oyen incluso vientos moderados, las ramas del castaño cuando chocan contra la ventana del salón, el crujido de los tablones cuando algún vecino camina.

Todavía tengo sueño y me desperezo. Anoche me dormí profundamente. No he oído a Lukas subirse a nuestra cama. Me he despertado a oscuras y asustada por la pesadilla; al abrir los ojos, he visto su cabello revuelto, su manita cerca de la mía, los deditos con mugre bajo las uñas y una tirita verde que le cubría una herida invisible en el dedo índice. He sentido un alivio enorme después del sueño. Allí estaba él. Todo estaba bien. Le he revuelto el pelo. ¿A qué hora habrá entrado en la habitación?

Al otro lado de la calle veo a Rikard Hoffmo salir de su casa marrón. Se detiene en los escalones de la entrada y mira a su alrededor como un terrateniente que vigila sus dominios. Tiene los brazos en jarras, las manos a cada lado de su voluminosa barriga. Se estira, lleva las caderas a un lado y luego al otro; la barriga le cuelga y se balancea por encima de la cintura. Se prepara para salir a correr, pues él es así: ya ha cumplido los setenta y va a correr dos veces por semana, haga el tiempo que haga. Su conjunto deportivo azul, con una tira blanca en cada pierna, es un superviviente de los años setenta, lo que le confiere un aspecto si cabe aún más cómico. Pero Hoffmo tiene algo, una especie de autoridad natural, que te quita las ganas de encontrarlo risible. Nos llevamos bien, él y yo.

«¿Has salido a correr últimamente?! –me suele gritar desde su cerca cuando me ve—. Ya sabes que el movi-

miento es bueno para el cerebro, Prytz. *Mens sana in corpore sano*».

Nos llamamos por el apellido a modo de broma. Ahora se dobla hacia delante. Toca el suelo. Es ágil para un hombre de su edad y corpulencia. Vuelve a erguirse, hace un estiramiento y ya está listo para correr. Levanto la mano para saludarlo desde la ventana, pero no me ve.

Oigo pisadas de niño antes de que Lukas entre en la cocina, con esos piececitos veloces que golpean en el suelo. Se agarra a mí y se me sube al regazo. Me apoya la cabeza en el hombro y cierra los ojos. Sería perfectamente capaz de quedarse allí dormido; es capaz de dormirse donde sea. Una parte de mí quisiera que lo hiciera y pasar el tiempo así, sentada en paz con el niño adormilado encima.

—Lukas —le digo—, ¿esta noche has entrado tú solito a nuestro cuarto?

Abre los ojos y me mira.

—Sí.

Pero no es una afirmación, sino más bien una pregunta. ¿Sí? ¿Yo hice eso?

—Es que no te he oído entrar —le comento.

No considera que esto merezca respuesta. Apoya de nuevo la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Respiro hondo, atenta a señales de vida en el apartamento de arriba. Lukas abre de nuevo los ojos.

—Mami, ¿podemos buscar mi tiranosaurio grande?

Me levanto y veo a Hoffmo correr con pasos cortos y ligeros por el camino de acceso a su garaje. Se apoya en el portón y me ve. Alza la mano para saludarme y le devuelvo el saludo con un gesto militar en honor a su hazaña deportiva, lo que le produce una risa que sacude en oleadas su voluminosa humanidad.

Después de desayunar, hacemos las camas y nos preparamos para un día que se presenta de lo más ajetreado. Ya hace tiempo que lo hemos planificado todo. Ahora solo falta poner los planes en marcha. Así serán nuestros fines de semana hasta diciembre. A veces pienso que somos hámsteres en una rueda, de camino a una cita para luego acudir a la siguiente, en una cuesta arriba que no termina jamás. Hace algunos años fantaseaba con la idea de poner la casa en alquiler, retirar nuestros ahorros del banco y comprar cuatro billetes para volar a Vietnam. Vivir allí de un hotelito que tendríamos junto a la playa. Vivir en el ahora. Disponer de tiempo para nosotros, para los niños. Ver los días pasar. No vivir contra reloj, cumpliendo tareas y terminándolo todo antes de desplomarnos en la cama para recuperar fuerzas y empezar de nuevo al día siguiente. No. Yo quiero vivir. De verdad. Una vida auténtica, en contacto con la naturaleza. Hoy ya no pienso así. En la playa de Vietnam habrían pasado otras cosas: nos habría preocupado la rentabilidad del hotel; a los huéspedes les habría molestado esto o aquello; habríamos sufrido inundaciones y temporadas de sequía; las tuberías estarían deterioradas por los años y resultaría demasiado caro reemplazarlas. Y así sucesivamente.

Åsmund rescata una camiseta de entre la ropa que se amontona en un rincón. Mientras hago la cama le hablo de mi sueño, aunque ya no logro recordar los detalles: estaba buscando algo y tenía miedo.

—Debo de haber dormido profundamente —le digo—, porque Lukas entró en el cuarto y se acostó entre los dos sin que me despertara.

–Tenemos que quitarle esa costumbre –comenta Åsmund mientras se ajusta el reloj a la muñeca–. Ya es lo bastante mayor como para dormir solo.

–Solo tiene cuatro años –replico.

–A los cuatro años Emma dormía toda la noche en su cama –señala Åsmund–. Y eso de dormir de día..., de verdad que eso tiene que acabar, Rikke. Ya es muy mayor para necesitar una siesta por las mañanas.

–Claro –contesto sin ganas de seguir discutiendo.

Lukas es mi niño de la suerte. Nació dos meses antes de tiempo. Estábamos mudándonos al apartamento cuando llegó. Yo estaba sacando tazas y abriendo cajas cuando un dolor muy agudo se me extendió por el estómago y la espalda. No sé dónde estaba Åsmund, probablemente trayendo muebles nuevos. Emma se hallaba en casa de la abuela. Yo me encontraba delante de los armarios vacíos de la cocina y pensé: ¿Me habré pasado? ¿Habré hecho demasiados esfuerzos? ¿Debería sentarme un rato?

Llegué al hospital ya casi de parto. Llamé a Åsmund mientras esperaba al taxi. Se precipitó al coche y llegó al hospital justo a tiempo. Se llevaron al niño en cuanto nació: tenían que hacerle pruebas, medirlo, pesarlo. El tiempo era oro y algo de información debió de perderse en medio de aquel frenesí, o puede que me extraviara en las brumas del parto, porque no entendía la situación, porque no sabía cómo estaba el niño. ¿Estaba vivo o no? Solo sabía que se lo habían llevado. Me volví hacia Åsmund:

–¿Hemos vuelto a ser padres?

Åsmund estaba llorando, pues él es así, no lo puede evitar, se le saltan las lágrimas en bodas y bautizos. Entró una doctora, ceño fruncido y labios apretados, y yo al verla así pensé: El niño ha muerto. Sentí el miedo primero como un golpe en el estómago, pero luego se extendió por los brazos y las piernas, se apoderó de todo mi cuerpo. Ni la doctora ni Åsmund se dieron cuenta, pero en los segundos que pasaron antes de que nos dijera que todo estaba